

Ya conocen ustedes los hechos generales referidos a Homer Green, así que no necesito describirle a él ni a su entorno. Yo conocía eso y más, aunque fue una extraña sensación, que ustedes no obtienen a través de la lectura, el necesitar vestirme con ropas anticuadas, entrar en un ambiente extraño y verle.

La casa no es más extraña que en las fotografías. Rodeada por otros edificios del siglo veinte, debe ser indistinguible de la estructura original y sus alrededores. Entrar en ella, pisar las alfombras, ver sillas tapizadas cubiertas con una sábana e instrumentos para fumar, ver y oír una radio antigua, incluso operando realmente a través de una variedad de transcripciones auténticas, y, sobre todo, ver una chimenea encendida... Todo ello me produjo una sensación de irrealidad, aunque yo estaba preparado. Green se hallaba sentado junto a la chimenea, como le encontramos casi siempre, con un perro a sus pies. Pensé que tal vez fuese el hombre más valioso del mundo. Pero no pude desprenderme de una sensación de irrealidad, relativa al entorno sustancial. También Green parecía irreal, y sentí compasión por él.

La sensación de irrealidad continuó durante mi auto presentación. ¿Cuántas había habido? Podía, por supuesto, verificarlo en los archivos.

- Soy Carew, del Instituto - dije -. No nos hemos conocido antes; pero me han dicho que se alegraría de verme.

Green se levantó y me alargó la mano. Se la estreché obediente ejecutando aquel gesto tan poco familiar.

- Me alegro de verle - dijo él. Estaba adormilado. El tratamiento es un poco sorprendente, y pensé en descansar unos cuantos días. Espero que sea permanente de verdad. - ¿No quiere sentarse? - añadió.

Nos acomodamos ante el fuego. El perro, que se había levantado, se tendió apretujado contra los pies de su amo.

- Supongo que querrá examinar mis reacciones - dijo Green.

- Más tarde - repliqué -. No hay prisa. Y se está muy cómodo aquí.

Green se distraía con facilidad. Se relajó, contemplando el fuego. Era una oportunidad, y hablé con tono resuelto.

- Parece tiempo propicio a la política - dije -. Lo que intenta el sueco, y lo que el francés...

- Llena nuestros pensamientos de alegría - continuó Green. Yo había aprendido en los archivos que la cita tendría algún efecto. - Pero uno no deja que la política llene sus pensamientos de alegría - continuó - ella estudia...

No repetiré la conversación. La han visto en el Apéndice A de mi tesis, «Un aspecto de la Política y el Habla del siglo veinte». Fue breve, como saben. Tuve mucha suerte al entrar en contacto con Green, y más suerte aún al llegar al tema directamente. Nunca se me había ocurrido pensar en qué pretendían los políticos del siglo veinte, qué decían; en realidad, tenían en mente un sentido de significado o relevancia hacia lo que a nosotros nos parecen frases sin significado o irrelevantes. Es difícil explicar una idea tan extraña; tal vez un ejemplo sirva de ayuda:

¿Creerían que un hombre acusado de haber hecho una declaración replicaría seriamente: «No soy dado a hacer tales declaraciones»? ¿Creerían que eso incluso podría significar que no había hecho la declaración? ¿O que aunque la hubiera hecho, eso le parecería que le clasificaba como una especie de ejemplo especial, y su respuesta como no verdaderamente evasiva? Cuando me esfuerzo por sumergirme en el siglo veinte, pienso que esas conjeturas son plausibles. Pero nunca se me hubiera ocurrido antes de hablar con Green. ¡Qué valioso es ese hombre!

He dicho que la conversación registrada en el «Apéndice A» es muy corta. No hubo necesidad de continuar con el tema de la política después de alcanzar la idea básica. Los archivos del siglo veinte son mucho más completos que la memoria de Green, y eso, en sí, ha sido catalogado a conciencia. No son los huesos pelados de la información, sino el contacto personal, la infinita variación de las combinaciones, el estímulo del cálido contacto humano..., todo lo que es valioso y sugestivo.

Así que me encontraba allí con Green, y aún tenía por delante la mayor parte de la mañana. Ya saben que se le deja a solas durante las comidas, y con sólo una cita entre ellas, para evitar que algo se le pase por alto. Yo le estaba agradecido a aquel hombre, y me sentía un poco trastornado en su presencia. Quise hablar con él del tema que más le gustara. No había razón alguna que me impidiera hacerlo. Grabé el resto de la conversación, mas no la he publicado. No es nada nuevo. Tal vez parezca trivial, pero significa mucho para mí. Quizá sólo sea mi recuerdo personal de ello. Pero pensé en la posibilidad de que le gustara saberlo.

- ¿Qué le condujo a su descubrimiento? - le pregunté.

- Las salamandras - replicó él sin vacilación.

Las salamandras. El relato de sus perfectos experimentos de regeneración que obtuve

es, por supuesto, la historia publicada. ¿Cuántos miles de veces ha sido contada? Sí, juro que detecté variaciones de los archivos. ¡Las posibles combinaciones son casi infinitas! Pero los puntos principales sucedieron en el orden habitual. Cómo los miembros regenerados de las salamandras le condujeron a la idea de una perfecta regeneración de las partes humanas. Cómo sana un corte, por ejemplo, y no deja una cicatriz, sino una réplica exacta del tejido dañado. Cómo el tejido puede ser reemplazado en el metabolismo normal sin imperfecciones, como sucede en un organismo viejo, sino con una infinita perfección. Ustedes lo han visto en los animales, en la biología obligatoria. El pollo cuyo metabolismo reemplaza sus tejidos, pero que lo hace de una forma exacta, invariable, sin cambio alguno. Es perturbador pensarlo en un hombre. Green parecía joven, tanto como yo. Desde el siglo veinte...

Cuando Green concluyó su descripción, incluida la de su propia inoculación, se atrevió a ser profético.

- Confío en que funcione, por tiempo indefinido - dijo.
- Funciona, doctor Green - le aseguré. - Por tiempo indefinido.
- No debemos ser prematuros - adujo -. Después de tan poco tiempo...
- ¿Recuerda la fecha, doctor Green? - pregunté.
- Once de septiembre - contestó, del cuarenta y tres, si también quiere saberlo.
- Doctor Green, no estamos en el siglo veinte, sino a cuatro de agosto del dos mil ciento setenta - le dije cuidadosamente.
- Mire, si fuese así, yo no estaría vestido de esta forma, ni usted tampoco.

El impasse podría haber continuado indefinidamente. Saqué mi intercomunicador de bolsillo y se lo mostré. Lo observó con asombro y deleite crecientes mientras yo se lo enseñaba completo, con su proyección, binaural y estéreo. No es simple, pero sí el tipo de desarrollo electrónico que un hombre de la época de Green asociaría con el futuro. El parecía haber perdido todo pensamiento de la conversación que me había llevado a enseñarle el aparato.

- Doctor Green - dije -, estamos en el año dos mil ciento setenta. En el siglo veintidós.

Me miró, confuso, pero sin incredulidad. Una extraña especie de terror se extendió por su rostro.

- ¿Un accidente? - preguntó -. ¿Mi memoria?

- No ha habido accidente alguno. Su memoria permanece intacta. Escúcheme. Concéntrese.

Entonces se lo conté de una manera simple y breve, para que sus procesos de pensamiento no se quedaran atrás. Mientras yo hablaba, me miraba con aprensión. Su mente, en apariencia, corría. Esto fue lo que le dije:

- Su experimento tuvo éxito, por encima de todas sus expectativas. Sus tejidos adquirieron la habilidad de reformarse exactamente de la misma manera año tras año. Su forma se hizo invariable.

»Esto ha quedado demostrado por medio de fotografías y observaciones concienzudas, de año en año, sí, de siglo en siglo. Es usted exactamente igual a como era hace doscientos años.

»Su vida no ha estado exenta de accidentes. Heridas menores, e incluso mayores, que no han dejado huella alguna al sanar. Sus tejidos permanecen invariables.

»Y también su cerebro; es decir, en lo que a los modelos de las células se refiere. Un cerebro puede ser comparado con una red eléctrica. La memoria es la red, las bobinas y los condensadores, y sus interconexiones. El pensamiento consciente es la pauta de voltaje a través de ellos y de las corrientes que los surcan. La pauta es complicada, pero transitoria..., de paso. La memoria cambia la red del cerebro, altera todos los pensamientos subsiguientes, o pautas de la cadena. La red de su cerebro nunca cambia. Permanece invariable.

»Nuestro cerebro es como la complicada operación de los relés e interruptores de un teléfono de su siglo; pero la memoria es las interconexiones de elementos. Esas interconexiones de los cerebros de otras personas cambian en el proceso de pensamiento, y destruyen, crean, ofrecen nuevos recuerdos... La pauta de conexiones de su cerebro nunca cambia. Es invariable.

»Otras personas pueden adaptarse a nuevos entornos, y aprenden dónde están los objetos necesarios, el emplazamiento de las habitaciones, y se adaptan de forma inconsciente, sin fricciones. Usted no puede; su cerebro es invariable. Sus hábitos están reducidos a una casa, su casa, tal como era el día en que se autoaplicó su tratamiento. Ha sido conservada, sin cambios, a lo largo de doscientos años para que usted pudiera vivir sin fricciones. Usted vive en ella día tras día, desde que el tratamiento hizo su cerebro invariable.

»No crea que usted no corresponde en nada a ese cuidado. Es, quizá, el hombre más valioso del mundo. Mañana, tarde, noche; tiene tres citas diarias, cuando se les permite verle a los pocos afortunados que tienen los méritos o la necesidad de ello.

»Soy estudiante de historia. He venido para ver el siglo veinte a través de los ojos de un hombre inteligente de esa época. Usted es muy inteligente, un hombre brillante. Su mente ha sido analizada más en detalle que ninguna otra. Pocos cerebros son mejores. Yo quería aprender de su cerebro, poderoso y observador, lo que significaba la política para un hombre de su época. Aprendí de una fuente fresca, su cerebro, que no se ha oscurecido, no ha cambiado en todos estos años, sino que es igual que en mil novecientos cuarenta y tres.

»Pero no soy muy importante. Trabajadores importantes, psicólogos, acuden a verle. Le hacen preguntas, se las repiten de una manera un poco distinta, y observan las reacciones que usted tiene. Un experimento no queda viciado por sus recuerdos de otro anterior. Cuando su cadena de pensamientos queda interrumpida, no deja recuerdos detrás. Su cerebro permanece invariable. Y esos hombres, que, de otro modo, sólo conseguirían conclusiones generales de experimentos simples sobre multitudes de individuos distintos, con constituciones diferentes y preparados de diversas maneras, pueden observar diferencias indisputables de respuestas debidas a los más leves cambios en el estímulo. Algunos de esos hombres le han puesto al borde de la locura. Pero usted no se vuelve loco. Su cerebro no puede cambiar; es invariable.

»Resulta usted tan valioso que da la sensación de que el mundo apenas podría progresar sin su invariable cerebro. Y, sin embargo, no le hemos pedido a otra persona que haga lo que usted hizo. Con animales, sí. Su perro es un ejemplo. Lo que usted hizo en sí mismo fue voluntario, y usted desconocía las consecuencias. Usted prestó este enorme servicio al mundo sin saberlo. Pero nosotros lo sabemos.

La barbilla de Green se hundió en su pecho. Su rostro mostraba preocupación, y parecía buscar sosiego en el calor del fuego. El perro se agitó a sus pies, Green bajó la cabeza, con una súbita sonrisa en su rostro. Sabía que su cadena de pensamientos había quedado interrumpida. Los pensamientos transitorios habían muerto en su cerebro. Toda nuestra conversación había desaparecido de sus procesos de pensamiento.

Me levanté y me marché antes de que pudiera alzar la cabeza. Tal vez malgasté la hora de la mañana que me quedaba.